Crítica de libros

CARLOS BOUSOÑO: *Invasión de la realidad*. Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1962.

El empeño de Carlos Bousoño, su ambición, son notables en este libro. Una primera lectura hará titubear a cualquiera. Bousoño se burla a veces de la misma expresión poética, la deja en un dudoso equilibrio, la hace menesterosa de su propio fondo. He leído algunas opiniones sobre el libro de Bousoño; casi todas hablan de la realidad, pero como lo harían del hombre, con tópicos manoseos ilegítimos. Pero lo peor no es esto. Lo peor es la ignorancia de la crítica española, que en su mayoría—hay estupendas excepciones—se coloca frente a los libros con una intención descriptiva; y ni aun así logra introducirse en la intencionalidad del poeta.

Carlos Bousoño ha llegado, en este tomo, a una afirmación de la realidad. ¿Pueden considerarse los versos de *Invasión de la raelidad,* entonces, como un cántico de lo real, una melodía aprendida igual que los niños de colegio, al modo que más de un crítico ha querido exponernos? No. Todo el libro es (y esa es su sorprendente originalidad) un análisis de la realidad de lo negativo. Sabida es la predilección de Bousoño por la palabra "luz"; yo mismo, hace algún tiempo, dediqué un artículo al tema. Pero Bousoño, para llegar a la consumación de lo luminoso, realiza un largo camino por lo "oscuro"; por la nocturnidad. ¡Cuántas llamadas a la noche! Desde la noche, el poeta clama por las estrellas, por la luna... En Vicente Gaos podemos comprobar este nerviosismo por lo luminoso.

¿Hay, pues, romanticismo en la poesía de Bousoño? Sí, aunque un romanticismo puesto a la moderna en cuanto a su expresión, y en particular por su pesimismo conceptual, bien lejos de las balumbas sentimentales al uso antiguo y actual. *Invasión de la realidad* es una consciente busca de lo real concreto a través de un infierno de vacilaciones. Realidad de la negación. ¡Qué de afirmaciones degolladas en estos versos densos y profundos! Realidad del error: *Hemos acumulado día a día la pequeña fortuna de errores.* La verdad será *miserable.* En un soneto hablará de *los errores que viví contigo—hermosamente, aunque la noche fuera.* La postura es romántica, de evasión. Una evasión que en Bousoño

significa invasión, complicación. Recordemos al romántico Leopardi, que cantó al "dulce error" a lo largo de toda su obra poética y en prosa.

Bousoño repite esa realidad: la ausencia de la persona amada; la infancia desaparecida; la desilusión; el desaliento; la duda. Ahorro ejemplos; de cada negación hay un ejército de versos en *Invasión de la realidad*. Cada negativo estado de ánimo le ofrece una realidad *amarga*. El poeta camina por su infierno, y hay sabor a vinagre en este tremendo libro. El error adquiere categoría de consuelo. Un mundo al revés, falseado e inalcanzable, le presenta al hombre su imposibilidad de ser. El recuerdo de la luz, de los días infantiles, obsesiona al poeta. Todo despide negación, no ser... El gesto romántico pesimista, vestido del "hoy" nuestro, parece que se va a convertir en existencialismo: el ser-para-la-muerte de Heidegger. Cuando el desaliento y la inseguridad en las cosas son más agudos, Bousoño dirá que escribe este libro, *por el dolor de ser para la muerte*.

Y ocurre, justamente en ese punto en que el destino se desnuda, que el hombre se aferra al amor, a la realidad de lo concreto. Ahora el ser deviene ser-para-el-amor. *Amor: felicidad,* dirá el poeta. Y esa felicidad, esa dicha es *obscena*. Obscena por desusada y anormal. El hombre, de cara a la luz y a la verdad, es un obsceno de su mismo deleite verdadero. Y no será solamente la luz, sino el tacto el que regale una comprobación de lo real positivo. A un simple jarro le dedica Bousoño tres poemas. La idea, la sensación del tacto, la aplicará después a la humanidad, a la historia del hombre, y la realidad histórica es asumida por todos como la herencia más noble: *somos los herederos de una memoria sin fin*. Con el último poema del libro, "Salvación de la vida", se cierra la subida del poeta hacia la luz y el amor. En su andar por los infiernos, tuvo que dejar tiradas todas las negaciones, gratas, malsanas o líricas, que constituyen la carga de los poetas entregados al oficio de representar a sus hermanos.

RAFAEL MORALES: *La máscara y los dientes*. Editorial "Prensa Española", S. A. Madrid, 1962.

Si en *Invasión de la realidad,* de Bousoño, había una final ascensión a la verdad y la alegría de ser, en *La máscara y los dientes* la desilusión no desaparece, llega a crear una atmósfera de asfixia y desencanto. *La máscara y los dientes,* además, tiene un carácter más sentimental que conceptual. Y al hablar de sentimiento, lo hago ciñéndome a su auténtica valoración de sentir humano.

El hombre vive con una máscara, que sólo deja cuando muere:

> Ahora estaba desnudo,
> arrojada la máscara, indefenso,
> solo, sin ilusiones, sin batalla,
> sin nadie.

Los dientes y su oficio carnicero surgen con frecuencia en estos versos de Rafael Morales, los más feroces y amargos—con mucho—de toda su obra. La antigua tensión entre gracia y fuerza se ha roto de una ma-

nera estrepitosa, y el resultado está a la vista: desilusión, maldad, horror. Al frente del libro, el poeta ha puesto unas palabras de Jeremías: "Nada de fidelidad; sólo el fraude predomina en la tierra. Amontonar iniquidad sobre iniquidad... Tan avezadas están sus lenguas a la mentira que ya no pueden sino mentir."

Verdad, mentira, son palabras que se repiten en los libros de Bousoño y de Morales. Ahora bien: a pesar de las llamadas y provocaciones a la realidad, y del pesimismo de los dos libros (en el de Bousoño, solamente intermediario), la diferencia es esencial, y comparar un libro con otro me parece una puñalada al buen sentido. ¿Por qué esa manía de algunos críticos, que se acogen a la vía más rápida, igualando títulos como constancia de identidades de generación y otros cómodos inventos españoles? El libro de Bousoño tiene un alcance *metafísico. La máscara y los dientes, ético.* Rafael Morales ha llevado a cabo la denuncia del hombre actual, convertido en lobo para su hermano: sí, la máscara y los dientes. A Bousoño no le interesa lo ético. Su libro es quizá más abstracto, pero igual de válido. Para Morales, el problema radica en el intercambiable odio del hombre contemporáneo.

El mundo es un puño de hastío, una colérica aventura sin heroicidad ni dicha. No existe la libertad para este hombre cansado, que duda de su propia importancia en el orden universal. Desea libertarse por medio del alcohol, del vino, y tiene que huir de la taberna a donde sea, a su muerte, a su destino de dolor y nada. La taberna que Rafael Morales incluye en su libro huele a sangre más que a vino.

Versos terribles—todos ellos un solo poema—, poesía humanísima, social en su denuncia, y sin alegría. Los últimos versos del libro son de lo más negros que he leído de bastante tiempo acá:

> Dormido el hombre ya, materia inerte,
> tan sólo soledad, sombra y olvido,
> ya sin amor, sin lucha y sin sentido
> era el sentido oscuro de la muerte.

Y así, un inmenso vacío ha sustituído al hombre, doblemente huérfano, porque ahora no tiene ni máscara que le permita disfrazarse de salvaje.

MANUEL MANTERO.

María de los Reyes Fuentes es una de las voces más personales de la poesía andaluza. Si tuviésemos que definir esta voz—sobradamente conocida y definida ya—, lo haríamos por su sonora fecundidad, manifestada en una extensa gama de formas expresivas. No es poeta de un tono ni de un tema, aunque se puede apuntar, en su ya extensa obra, una posible constante: la del tema del amor, ya sea hacia la vertiente humana o hacia la divina.

Hay, sin embargo, una excepción en lo que hemos señalado, y es la que marcan, entre sus libros publicados, las *Elegías de Uad-el-Kebir* (1).

(1) *Elegías de Uad-el-Kebir.* Sevilla, 1961.

Hay en ellas algo que es como el comienzo de una concepción profunda de las cosas; un querer conocer más allá de las formas y las apariencias:

Yo digo que esta vida es cual pregunta
volcánica que quema las respuestas,
y el paraíso terrenal sería
un dulcísimo espacio en el que el hombre
viviera la sorpresa y no gritara.

Acuso lo infinito
como lo que resulta del contraste
de una verdad más larga, a más espacio,
que otras muchas certezas comprobadas.

Me digo que no hay beso que no sepa
a angustia en calavera refugiada
y que la muerte salta en este circo
donde ni fiera o domador estamos
capaces de enfrentarnos con su fuerza.

Así, deja caer su canto elegíaco sobre las preguntas que taladran al hombre, sobre el infinito que lo aplasta y que para ella no es sino "una verdad más larga, a más espacio", tomando como unidad de ese espacio, claro es, la vida del hombre—qué sabremos nosotros, después que hayamos muerto, del destino de nuestros "infinitos"—; y sobre la brevedad de la vida—y por tanto del amor—, siguiendo así uno de los temas tradicionales de todas las literaturas.

Pero, sin la transición de otro libro, del tono grave y meditativo de las *Elegías,* nos lanza al *Romance de la miel en los labios;* una docena de romances breves, cuidadosamente editados en Sevilla por Rafael Laffón (2).

Frente a la densidad de fondo y de forma que caracterizaban a las elegías, los romances significan ahora una muestra de síntesis popular en torno a temas que no son, en todos los casos, populares, como en los titulados "La Paloma", "El sediento" y "La cumbre", uno de los más personales y de mayor fuerza:

Nosotros, los del fuego,
ciclones de la sangre.
Nosotros los del grito
o la herida en el aire.
Nosotros en cascadas,
en torrentes, voraces.
Nosotros, impacientes,
imprudentes, salvajes.

Nosotros, en las cumbres,
cual águilas reales.
Nosotros, al fin, solos.
Nosotros, qué sin nadie.
Nosotros, que sabemos
el precio del salvarse.

Junto a la seriedad de este romance, tocado de tragedia, la gracia y eso que los entendidos llaman "desplante":

(2) *Romances de la miel en los labios.* La Muestra. Entregas de poesía, núm. 4. Sevilla, 1962.

Yo me enamoré—¿del aire?—,
y si fué del aire, ¿qué?

Dos excelentes libros, en suma, a favor de la poesía andaluza, por los que felicitamos a su autora.

BENEYTO, MARÍA: *Vida anterior*. Lírica Hispana, núm. 236. Caracas, 1962.

Este es uno de los volúmenes que honran a la colección Lírica Hispana y el primero de María Beneyto que ha llegado a mis manos. No sé por qué rara casualidad desconozco el resto de sus libros. Sin embargo, me ha bastado para reconocer sus excelentes cualidades poéticas, puestas a prueba en un tema tan trillado como el de la infancia, dentro del que pueden hacerse tantas comparaciones. La autora de *Vida anterior* sortea los peligros del tema—sensiblería, tópicos, complacida autorreferencia—, y se atiene a la realidad empleando un léxico abundante y rico, tras el que se adivina una inteligente formación, y una gama de imágenes que en algunos aspectos adquiere caracteres de novedad.

Confieso que el libro va ganando a medida que nos adentramos en su lectura. Poco a poco adquiere entidad y claridad, elementos imprescindibles para la comunicación y señales evidentes de una concepción clara del tema y del poema. En realidad, lo que en el umbral del libro tiende a confundirnos es el título—*A María Beneyto en su desvelada tormenta del delirio*—a las palabras de Jean, característicamente abundantes y contradictorias, como las de todo ser poéticamente llameante. Por eso, a medida que avanzamos en *Vida anterior,* vemos que el equilibrio mediterráneo—del que su autora se declara heredera—nos restituye a una situación clara que no por ello carece de inspiración. El libro es la expresión de una serie de vivencias que si bien en su protagonista permanecen candentes e irreparables, llegan a nosotros mediterráneamente ordenadas, equilibradas; muy lejos, en fin, de la *tormenta* y del desordenado *delirio*. Al menos ésta es mi opinión.

Dentro de los mejores poemas del libro—todos a partir de "Ventana mágica"—hay que destacar aún lo valiente de "Punto final" y la originalidad en muchos aspectos de la "Balada del pan amarillo", así como algunos caracteres plásticos, como, por ejemplo, los del poema "Mi padre":

La mano en mis cabellos era un copo
de leve suspensión. Era una pluma
del ala cenicienta de la muerte.
Mi sangre lo sabía, y aullaba
dando de bruces en la piel, furiosa.

y "Punto final":

Se habló entonces de patria. De sus hijos,
de Castilla la grande. Y en los montes
sólo una mano de la muerte hacía
la señal de la cruz sobre la guerra.

LACACI, MARÍA ELVIRA: *Sonido de Dios.* Adonais, CCIV. Ediciones Rialp. Madrid, 1962.

No es cierto que María Elvira Lacaci haya dejado de ser sincera ni que trate de jugar en este nuevo libro suyo. El tema es demasiado serio para ello. Lo que a cualquier lector pueda parecerle insinceridad consigo misma es, a mi juicio y después de una detenida lectura, una suerte de indecisión, de inseguridad radical, tan propia de estos tiempos cuando se trata el tema religioso. Si la sociedad, según Bergson, está constituída por "grupos de seres esencialmente inteligentes y parcialmente libres", respecto al concepto de religión se hace preciso distinguir entre la religión como elemento social por un lado y como manifestación trascendente por otro. Recuérdese lo dicho en *La ciudad de Dios.*

La indecisión de María Elvira Lacaci en la búsqueda del Ser divino es, pues, comprensible y hasta constituye un valor positivo en *Sonido de Dios,* haciendo que este libro resulte muy interesante a la hora de repasar la poesía religiosa de los últimos años.

RINCÓN, MARÍA EUGENIA: *Tierra secreta.* Valencia, 1962.

Cuando un poeta adquiere determinada altura intelectual—cosa que todo lector de un libro de poemas escrito por una mujer advierte en seguida—, es pueril e insuficiente enfocar el fenómeno poético que se ha manifestado en ese libro, única y exclusivamente desde el punto de vista de su *feminidad.* Con ello algunos críticos nos sorprenden más que con el talento que le reconocíamos, con su visión *masculina* de las cosas. Y esta visión, tan parcial y pequeñita—tan peyorativa, consciente e inconscientemente—, de lo que es en realidad muy complejo, no significa otra cosa que caer en una visión poco clara desde el propio género de lo que se está, en el fondo, y bajo el aspecto de proteccionismo, reprochando al género distinto. La sensibilidad poética ni puede definirse según determinados patrones ni es exclusiva de ninguno de los dos géneros que se reparten el rótulo general de *homo sapiens.* Si no, échese una mirada a lo largo de la poesía española y constátese la gama de sensibilidades que caben entre la estructura poética de Juan Ramón y la de, por ejemplo, Miguel Hernández o Blas de Otero. Juzgar a los poetas por su género sería, entre otras cosas, ridículo.

El libro de María Eugenia Rincón me ha servido para exponer estas ideas que hace tiempo me venían rondando, y es porque se trata de uno de esos libros que hay que tomar en serio precisamente porque su esencia femenina no está ni negada ni sofisticada. Muchas mujeres, es verdad, escriben por coquetería y de ahí que abunden tanto los libros confidenciales que a veces nos hacen ruborizar. Pero, por otro lado, este carácter también se da en muchos poetas regulares y medio regulares en cuanto fundan una familia. La poesía es algo más serio y siendo, a la vez, más personal e íntimo, es por ello mucho más universal.

María Eugenia Rincón ha conseguido un primer libro equilibrado, estructural y emocionalmente. Dividido en tres partes—*Gota libre de ese mar eterno, Espejo invisible de mi infancia: hijo, Muerte y amor con solo una palabra*—, sus treinta y dos poemas la consagran y nos hacen esperar mucho de ella. Todos y cada uno nos ofrecen distintos paisajes de un mismo ser que, desde la esencial soledad, se pone en contacto con el exterior por el puente de dos amores distintos a los que dedica la segunda y tercera parte del libro. De la primera de ellas hay que destacar especialmente el poema titulado "Thanatos". El tema de la muerte, a pesar de que lo encontremos en otros lugares de *Tierra secreta,* es aquí donde se formula con mayor profundidad:

¿Quién puede tanto para destruirnos?
¿Quién es tan poco para no cambiarnos
sólo en gota de mar o en tronco vivo,
mirando siempre al cielo, libres, libres,
en una libertad desgarradora?

Los poemas en tono menor de la segunda parte despiertan viejos ecos tradicionales:

Mi niño de espuma,
mi niño de miel,
manita rosada,
manita y clavel.

¿Para quién, mi niño,
dime, para quién
te lo dió la aurora?
¿Para ti, mi bien?

En la tercera parte—*Muerte y amor con solo una palabra*—es donde se reúnen los poemas de mayor complejidad temática y en donde la soledad—esa soledad esencial de todos los seres, de la que algunos adquieren muy clara consciencia—oscila entre el aislamiento no deseado y las solicitaciones del exterior, ofreciendo la resultante de una suave y disciplinada melancolía natural.

La forma de todos los poemas es tersa, natural y bien concluída. El léxico obedece también a estas características y, en resumen, felicitamos a su autora por este bien conseguido primer libro.

JULIA UCEDA.

JIMÉNEZ MARTOS: *Antología de Poesía Española.* Aguilar. Madrid, 1962.

La luna de estas Antologías de Luis Jiménez Martos ingresa en su octavo creciente. El recopilador agrupa un considerable contingente de poetas y de poemas. Antología fiel, antología prudente, antología generosa, y verdadera, y eficaz. Fiel por sus destellos; prudente por su carác-

ter; generosa por el número de los elegidos; verdadera por su resultado, y eficaz por inteligente.

Se trata de una antología sin otro parentesco que el de la serie que cultiva año tras año. Tales antologías se han convertido en un sereno exponente de la actualidad, de la decencia o de la indecencia de la poesía española. La actualidad de estos volúmenes no es fugitiva porque uno nuevo se acerque anualmente a reemplazar al anterior. Unos con otros constituyen el muestrario, el endose de una evidente unidad que se amplía en sí propia, sin envejecer.

Todos los otoños, Jiménez Martos aboga por un futuro mejor. Ayer nos dijo que "más que vientos contrarios, lo que airea la poesía española son brisas contrarias. Las brisas son menos espectaculares y hay que tener fino oído para percibirlas". Ahora el autor avanza afirmándose, manteniéndose en sus trece, pero interrogando: "¿Hemos de seguir dando cuerda a lo que se dice sobre el tono medio, o ha llegado la hora de pensar que no basta ese juicio para saber lo que significa la poesía cuya marcha presenciamos." Y añade: "Conviene leer con espíritu preparado a las sorpresas, atentos a las germinaciones, pues nos hallamos en un momento de gran interés no sólo en lo que respecta a las corrientes predominantes."

Jiménez Martos no parece regatear estímulo a las voces, heterogéneamente inseguras, de los últimos poetas. (Aclaración: entiendo aquí por últimos poetas a los recién llegados.) Y hay algunos que, a pesar de haber sido seleccionados dos, tres o más veces, no nos merecen demasiada estima.

Aplausos al antólogo, que así nos permite pulsar y sondear a capricho. Cada lector, pues, recibe "una abundante materia en que encontrar coincidencias y disparidades con sus propios gustos".

Cerca de un centenar de poetas y casi un 50 por 100 superior de poemas. Si estas antologías en vez de ser anuales fueran quinquenales, distinguiríamos con otra aventajada objetividad el pro y el contra de la poesía de los poetas.

Sí, nos convence el sistema adoptado por Jiménez Martos de no cesar, de no consentir lagunas, de acompasar, con el suyo, el testimonio de la creación colectiva con unos libros de rango antológico que se limitan a algo más que a recoger lo bueno y lo mejor de lo que buenamente mejora cada cual.

Tomás Preciado: *Calle de la Luz*. Palabra y Tiempo, X. Madrid, 1962.

Sin ser un libro maniatadamente formalista, ninguna de las composiciones de *Calle de la Luz* carece de rima y ritmo. Cuando el poeta abandona—no muchas veces—el molde del soneto, salta a otra estrofa —el terceto encadenado, por ejemplo—, y a seguir afilando consonantes y asonantes.

El libro de Tomás Preciado es bueno. Claridad, amorosa y religiosa claridad. Al ser claro es sencillo el acento del poeta. De una sencillez enaltecida por un vocabulario afortunado y bien distribuído.

Hay ocasiones en que el verso de Tomás Preciado trasluce tenues influencias. A veces, blande el soneto como Anglada o saborea los adjetivos casi como Morales. En el primer verso de "Caballo del Sur" presiente uno a Alberti: *Cabalgando la espuma azul del río,* por aquello de *¡Quién cabalgara el caballo / de espuma azul de la mar...!*

El ritmo está perfectamente dominado en los decasílabos de "Santa María de la Cabeza"; ritmo de cadencia briosa, caudalosa, de cierto parentesco, me parece, con la del poema "Rosa hiperbólica", de Valle-Inclán.

Hay composiciones de antología: "Madrigal del fin", "Hombre fatalmente milenario", "Canción redonda", "Renunciación", "Elegía por una muerte dulce", "El legado"... Y cómo olvidarnos de un soneto delicioso, "Madrigal en la rejilla del confesonario", donde la poesía de Tomás Preciado alumbra una emocionada sutileza casi visual:

> ¡Oh, quién pudiera entrar en su clausura,
> robando a un rojo labio femenino
> la voz allí vestida de blancura!

Juan Antonio Castro: *Tiempo amarillo.* Adonais, CCV. Madrid, 1962.

Este libro, el primero que publica su autor, alcanzó un accésit en el premio "Adonais" del 61. Juan Antonio Castro, nombre recién incorporado en libro a la poesía española, nació en Talavera de la Reina hace treinta y seis años.

Tiempo amarillo—título procedente de Hernández—es un espontáneo espejo de sinceridades subjetivas, del todo subjetivas. El poeta conduce su niñez a su poesía, la derrama, la afirma, la reencuentra en el hijo. Juan Antonio Castro actualiza su "cuaderno de escritura", "la caja de los cromos", "mi libro de urbanidad", "mis pequeños zapatos". Limpio bazar de la ternura.

Su poesía es historia. Historia de hombre en marcha por el *nebuloso país de la memoria.* A *Tiempo amarillo* se le ve avanzar, frutecer como la vida. Los poemas están signados, regidos por un ordenado olfato sensitivo. No es la misma realidad temporal la que se aloja, por ejemplo, en "Lección de historia" que la que ondula en esa "Primera siesta del fauno".

Con dignos versos culmina el volumen:

> Antes, en el principio, era el caos.
> Luego vino la luz. Después, el hombre.

Cuando se le presentan, Castro no regatea los adjetivos: *...y un burro gris y torpe / que mueve lentamente / la noria rumorosa.*

Amarillo. Color de tiempo transeúnte. Tiempo amarillo. Juan Antonio Castro atisba su niñez, *entresoñado y ausente, en el cartón amarillo* de la fotografía antigua, como Juan Ramón sorprendía ayer su *nostalgia de lo universal* a través del *cristal amarillo* de su cancela moguereña.

Justo Guedeja-Marrón: *Amigo imaginario.* Rocamador, 7. Palencia, 1962.

Justo Guedeja-Marrón avanza. Con pie más derecho emprende su segundo viaje con *Amigo imaginario.* Al comentar no hace mucho su primer libro, *Las sencillas palabras,* vislumbré que su voz no acusaba demasiadas influencias. Hoy podemos excusar el adverbio. Porque *Amigo imaginario,* más denso e intenso y menos formalista, es una creación de aventajado calibre. Guedeja-Marrón no persigue otra realidad que la dictada por un retén de intimidades. Ese "amigo imaginario" que acompaña al poeta pertenece a la prole del *hombre que siempre va conmigo,* de don Antonio Machado. Un dulce amigo que interroga, presiente y fisga—*cuando un día / vemos a Clavileño anclado en tierra*—el cansancio, la primavera, el otoño, la sequía, las sombras, el desierto, las estrellas.

El poeta, de cuando en cuando, se gasta una leve "inocentada"—que, desde luego, irá superando—. Una: *...la amargura en poemas escondiendo.* Yo entiendo que Guedeja-Marrón "actualizaría" tal verso con una fácil alteración de vocablos: *...escondiendo en poemas la amargura.*

Buen, limpio, cierto *Amigo imaginario,* del que debemos—es justo—esperar más con más. Hasta pronto.

Luisa del Valle Silva: *Poesía.* Cuadernos Literarios de la Asociación de escritores venezolanos, 114. Caracas, 1962.

Libro póstumo de Luisa del Valle Silva, publicado pocos meses antes del 25 de julio del pasado año, fecha de su muerte.

Poesía ostenta el interés de ser una antología de su obra, partiendo de *Ventanas de ensueño* (1930) hasta el inédito *Sin tiempo y sin espacio,* atravesando por *Humo, Amor, Luz* (los tres de 1941) y *En silencio* (1961).

Antología de una lírica recorrida por un delicado impresionismo. De los últimos libros se eligen mayor número de poemas, acaso porque los períodos de creación se fueron superando.

Luisa del Valle Silva murió. Su poesía está sola, al desnudo, defendiéndose a sí misma por los derroteros de la luz y de la sombra.

Ramón Cué, S. J.: *Ignacio, hombre conciliar.* Compostela, 1962.

A todos o casi todos los libros de Ramón Cué los informa un acento de vigencia. De una vigencia de circunstancias que pudiéramos calificar de *periodística.* Ramón Cué acomoda el pasado al presente. En su momento nos habló del Pórtico de la Gloria, de su primera misa, de la Navidad, de la Semana Santa de Sevilla, de Velázquez, etc. Ahora de Ignacio, Ignacio de Loyola, *hombre conciliar.*

En un generoso cuadernillo aloja un único poema, asonantado, de ciento y pico de versos—de siete, once, catorce sílabas—, con cierto carácter de silva.

Al poema no le falta emoción.

FEDERICO SÁNCHEZ ESCRIBANO: *Donde vivo y donde muero.* ÁGORA. Madrid, 1962.

Sánchez Escribano, natural de las Islas Filipinas, ha publicado un montón de versos, que no sé si atribuirlos a su etapa creadora primera—la de los años cuarenta—o a la más reciente. No vienen fechados. Hay poemas que por la fecha natal sabría el crítico mejor a qué atenerse. ¿Versos creacionistas? Sánchez Escribano, al prescindir de puntos, comas y puntos y comas en su poesía, ¿por qué no elimina también los signos de admiración, interrogación, las comillas, los acentos? El lector intuye dónde van los puntos y las comas, pero no acaba de familiarizarse con el sistema.

En el contenido del libro hay donde escoger...

Segad la mies
llevaos el trigo
haced el pan
Pero no olvidéis lo imprescindible
el hombre

JOAQUÍN CARO ROMERO.

CONSUELO BERGES: *Stendhal. Su vida, su mundo, su obra.* Aguilar. Madrid, 1962.

Hace ahora ciento ochenta años que nacía en Grenoble Enrique Beyle, uno de los padres de la novela moderna. El universalismo alcanzado por este novelista bajo la firma de Stendhal no ha llegado de lleno a España en ningún momento, como lo prueba la ausencia de libros españoles sobre la vida o la obra de aquel a quien Nietzsche llamó "el último acontecimiento de la cultura francesa", y nuestro Ortega, "supernarrador ante el Altísimo.

A remediar algo de esto viene el libro de Consuelo Berges, editado bella y cuidadamente, con voluntad de difundir y reactualizar entre los olvidadizos la figura inmarcesible de Henry Beyle, echando así los cimientos para una bibliografía española sobre el tema, que, hasta su libro, se reducía a algunos comentarios de *Azorín,* Ortega y poco más. La obra de C. B. se abre con este párrafo de Stendhal, perteneciente a sus *Memorias de un turista* (1838): "Siento una inclinación natural hacia la nación española... Estas gentes se baten desde hace veinticinco años por conseguir cierta cosa que desean. No se baten *sabiamente;* sólo pelea una décima parte de la nación, pero esta décima parte lucha no por un salario, sino por lograr una ventaja moral. En los otros pueblos vemos gentes que luchan por conseguir gajes o condecoraciones. Me gusta también el español porque es un *tipo.* No es copia de nadie. Será el último tipo que exista en Europa..."

Personalmente, siempre nos ha caído simpático el antipático señor Stendhal. Pero tememos que, a pesar de la minuciosa biografía ribeteada de ensayismo con que ahora le festeja Consuelo Berges, no sean *La cartuja*

de Parma, Rojo y negro, ni siquiera la autobiografía *Vida de Enrique Brulard,* libros predilectos del lector español de ayer o de hoy. Aquí nos va mejor la novela rusa, descripcionista—y Stendhal describe mal, como agudamente señala Consuelo Berges—en casi todos los autores, desgarrada y golpeante en Dostoyevski, que cualquier otra novelística europea más reposada y pensante. Sin embargo, hay otra faceta del facetadísimo Stendhal que lo vincula a nuestra más actual obsesión: la novela social. C. B. pone el énfasis en el Stendhal testimonial, con penetración que rebasa la biografía y es ya clara exégesis de este coloso de la colosal novela del siglo XIX.

ALEJANDRO NÚÑEZ ALONSO: *Cuando Don Alfonso era Rey.* Ed. Bullón. Madrid, 1962.

No parecería serio por nuestra parte intentar el resumen exhaustivo de las seiscientas treinta y tantas páginas que tiene este libro en infolio escrito a dos espacios. Limitémonos, pues, a señalar que *Cuando Don Alfonso era Rey* está en la línea, retomada por Gironella, de la novela histórica o el "episodio nacional". Después de Gironella vinieron, con vario acierto, Emilio Romero, Bartolomé Soler, Pruneda... Y Núñez Alonso. Bien entendido que Núñez Alonso cultiva la novela histórica o historia novelada desde hace ya algún tiempo, y su mudanza, dentro del género, ha consistido solamente en pasar de la Roma del Imperio a la España de la Dictadura.

Después de *Cuando Don Alfonso era Rey* vendrá *¡Viva la República!,* pues Núñez Alonso se propone redondear un ciclo al hilo de nuestra historia contemporánea. El propósito es interesante y está suficientemente lubrificado de acción novelística como para que cualquier lector lo siga sin esfuerzo. No vamos a establecer ahora comparaciones entre el novelista asturiano y el catalán, pero sí, como datos de referencia, consignaremos que aquél arranca cronológicamente de un poco más atrás que éste, y éste ha concedido mayor importancia a la vertebración documental de su libro. España desde la provincia y España desde Madrid. En Gironella empezamos la novela por placer literario y la seguimos—incluso en su segundo tomo—por curiosidad histórica. En Núñez Alonso, lo que nos indujo fué el incentivo histórico, mas a poco de ir leyendo, éste subyacía bajo la acción novelesca. Quiere decirse—y perdón si estamos ya, a pesar de todo, en plena y odiosa comparación—que Gironella es—o ha sido—más investigador que novelista, y Núñez Alonso más novelista que investigador.

¿Queda, pues, defraudada nuestra apetencia de saber histórico en forma de anécdota particular y directa, al margen de manuales, tras la profusa lectura de *Cuando Don Alfonso era Rey?* En parte, sí. Quizá la culpa sea solamente nuestra, por haber acudido al libro con un determinado apetito, equivocando el manjar. (Nuestra o de la propaganda de

lanzamientos.) Como uno ya no está para que le cuenten historias, ni tampoco para que le cuenten la Historia, si no es de la buena, he aquí que lo que más nos ha interesado del libro de N. A. es su captación global de aquella España, de aquel Madrid: calles y tipos, nombres famosos y nombres de novela conjugados en un empeño narrativo y evocativo de gran ambición.

AURORA DE ALBORNOZ: *La prehistoria de Antonio Machado.* Ed. La Torre, Universidad de Puerto Rico, 1961.

"Nos queda aún bastante por conocer sobre la obra de juventud de Antonio Machado. Poco se sabe de su vida en París; no mucho más de sus años de iniciación literaria en el Madrid de fin de siglo." Con estas palabras inicia Aurora de Albornoz su prólogo a esta recopilación de prosas machadianas. Prosas escritas cuando Antonio y Manuel Machado—juntos siempre—acudían a las mismas reuniones, tenían los mismos amigos. Café de la Marina, Naranjero, Fornos, bohemia alegre a la sombra de Salvador Rueda, mañanas de la Biblioteca Nacional, en continua lectura... De los primeros años de la década final del siglo XIX datan los escritos de los Machado publicados en *La Caricatura.*

Manuel y Antonio acostumbraban por entonces a emplear diversos seudónimos. Servían con sus plumas secciones muy varias: hacían sátiras, humorismo, poesía cómica, crítica de teatro. Manuel se firmaba "Polilla". Y Antonio, "Cabellera". Cuando escribían en colaboración, se daban el nombre de "Tablante de Ricamonte". El libro de Aurora de Albornoz recoge trabajos pertenecientes a don Antonio o escritos en colaboración fraterna. *Algo de todo, Palabras y plumas, Función de aficionados, Dios los cría y ellos se juntan, Moscardón literario, Que no vuelva, Por amor al arte,* etc., son algunos de los títulos.

La prosa egregia y satírica del gran Mariano José de Larra había degenerado, al paso del tiempo, en aquella clase de crítica bufa que nutría el *Madrid Cómico, La Caricatura* y otras revistas de la época. Dice Aurora de Albornoz que ya apuntan en estos artículos festivos de don Antonio Machado algunos de los temas españoles que le preocuparon por siempre, transmutados luego en verso grande y grave. Diríamos nosotros, más bien, que el tema y el tono venían de atrás, del citado Larra. De Larra hereda parte de su repertorio el 98. Y dentro del 98, el poeta Antonio Machado, revistero batallón por los años de *La Caricatura,* gracioso a la fuerza, escritor que sabría abandonar a tiempo aquel incierto camino de un humor que iba a morir, de un periodismo que aún no había cobrado altura, para hacer sus versos lejos y en paz. Vale este libro como documento. Y alivia pensar—sentir—que el gran poeta se salvó de aquello. Otros naufragaron.

FRANCISCO UMBRAL.